

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Las luces de Hannover

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

el paseo | narrativa

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

ABRAHAM GUERRERO TENORIO

# Las luces de Hannover

XXVII PREMIO DE NOVELA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

el paseo, 2023

 **u<sup>2</sup>cicus**  
Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla

Esta novela, *Las luces de Hannover*, de Abraham Guerrero Tenorio, resultó ganadora del XXVII CERTAMEN DE LETRAS HISPÁNICAS DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA «RAFAEL DE CÓZAR» (AÑO 2020/2021), en la modalidad de NOVELA, tras deliberación celebrada el día 9 de diciembre de 2021, en la sede del Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla (CICUS), por un jurado presidido por Luis Méndez Rodríguez, director general de Cultura y Patrimonio de la US, y formado por Juan Bonilla, Mercedes Comellas, Daniel Ruiz y David González Romero (en representación de El Paseo editorial).

© Abraham Guerrero Tenorio, 2023  
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2023  
[www.elpaseoeditorial.com](http://www.elpaseoeditorial.com)

1.<sup>a</sup> edición: julio de 2023

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL  
Cubiertas: Jesús Alés ([www.sputnix.es](http://www.sputnix.es))  
Corrección: Alejandro Gago  
Impresión y encuadernación: Gráficas La Paz

I.S.B.N. 978-84-19188-30-4  
DEPÓSITO LEGAL: SE-I190-2023  
CÓDIGO THEMA: FBA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.



## Contenido

Martina Besada	II
El hombre	23
La sobremesa	33
La bolita	47
Langenhagen Pferdemarkt, andén 2	57
<i>Hallo! Hallo!</i>	75
La voz de Juan Rulfo	85
Notas de audio	97
Coltán	III
Las luces de Hannover	123
Hotel en las afueras	139

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

*Es preciso, ante estas ciudades, suspender el juicio  
hasta un día, hasta que repentinamente  
—o quizá poco a poco aunque esto apenas es creíble—  
tome forma una cosa que adivinamos  
que está presente y que no vemos.*

*Tiempo de silencio, Luis Martín Santos*

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

## Martina Besada

Filozai no soporta que fume antes de meterme en la cama. Muchas veces intento disimularlo, me restriego el cepillo por los dientes, aguanto cinco minutos con enjuague bucal en la boca, me lavo las manos, pero Filozai siempre se queja, siempre tira de la colcha para sí con furia y me dice en inglés: «Zeus, hueles a tabaco». Yo no entiendo esos enfados de Filozai, que no comprenda que ese último cigarro significa para mí una escapatoria, huir de algo, no sé de qué, pero de algo.

Conocí a Filozai en clases de alemán. No era una amistad que me imaginara hacer en Hannover. Cuando uno llega a un país extranjero, en lo primero que piensa es en las chicas que va a conocer, en cómo será el sexo con alguien de otro país, a qué bares irá con ellas, qué canciones bailará, pero no piensa que acabará con una mujer griega, diez años mayor que él, casada, y que le moleste que alguien se vaya a la cama después de haberse fumado un cigarro.

Llegué a Alemania como todos los estudiantes españoles, con una licenciatura que temblaba debajo de la axila, con poco dinero en el bolsillo y con la esperanza de aprender algo del idioma lo más rápido posible para conseguir algún trabajo, lo que fuera, que no iba a encontrar en mi país. En pocas palabras: para sobrevivir. Los dos primeros meses fueron duros, trabajé para un turco hijo de puta que

me encerró en un zulo con un fregadero que siempre estaba lleno de platos con restos de verduras malolientes y salsa de yogur. Era el único trabajo que podía desempeñar, ya que no tenía que hablar alemán. El restaurante del turco estaba en el barrio de Steintor, epicentro de Hannover para los aficionados a la noche, al *streaptease* y las putas. Steintor es un barrio muy transitado, con mucho tráfico y muchas luces, luces por todos lados, una histeria de luces que me herían los ojos cuando salía del zulo.

En aquellos días, cuando terminaba mi jornada, comencé a frecuentar el Jack the Ripper, un bar situado en pleno centro de Hannover, en la plaza Kröpcke, a pocos metros de Steintor. Allí conocí a Guille, un chico andaluz que también llevaba poco tiempo en la ciudad. Su situación era diferente a la mía, había llegado con un trabajo seguro, además de una buena casa que le había proporcionado la empresa que lo había contratado. Trabajaba en un geriátrico a las afueras de Hannover, en un pequeño pueblo llamado Hemmingen. He de reconocer que al principio la compañía de Guille no me agradaba, pero después de varios días, las reuniones con él en el Jack the Ripper se convirtieron en la única piedra donde apoyar los dedos para no caer del todo en el amplio agujero de la soledad. Las charlas con Guille cada vez eran más prolongadas, compartíamos algunas aficiones, sobre todo, la literatura. En realidad, nuestras conversaciones comenzaron a girar solamente en torno a la literatura. A Guille le gustaban los poetas españoles coetáneos a él, leía a Ben Clark, Erika Martínez, Martha Asunción Alonso, Elena Medel, Miriam Reyes... Yo, en cambio, nunca he sido muy dado a leer poesía, y mis lecturas iban más encaminadas a la narrativa de mitad del siglo xx escrita en español. Borges,

Cortázar, Bolaño —la excepción temporal—, Cela, Delibes, Laforet... Como fuera, la literatura se convirtió en el nexo infranqueable de nuestra amistad. Comenzamos a prestarnos libros, los devorábamos. Luego, discutíamos sobre las obras que habíamos leído. A mí los libros de Guille me hicieron mucha compañía, como creo que los míos a él también, pues su ritmo de lectura era tan frenético como el que yo llevaba a cabo. Intuí, por la velocidad con que leía, que se encontraba igual de solo que yo.

Un día, me habló de que en su trabajo necesitaban a alguien, y me preguntó si me interesaba. «Claro que me interesa —le respondí—, lo que sea por abandonar al turco». Guille hizo algunas gestiones y me consiguió el trabajo. No solo eso, también consiguió que la empresa aceptara que me fuera a vivir con él. El trabajo era como chico de mantenimiento en el geriátrico. Yo nunca había currado de eso, pero imaginaba que si no lo hacía bien, tendría que volver con el turco al zulo, así que aprendí rápido. Poco después de instalarme en Hemmingen, los encuentros con Filozai se hicieron más frecuentes.

Nos acostábamos a menudo. Yo al principio no sabía que estaba casada, aunque debería de haberlo sospechado. En cuanto a Guille y a mí, coincidíamos menos viviendo juntos que cuando quedábamos en el Jack the Ripper. Nuestros horarios eran dispares, y cuando él descansaba, yo estaba trabajando y viceversa, así que empecé a agradecer las visitas esporádicas de Filozai como antes los libros de Guille.

Nos comunicábamos en inglés. Filozai, a pesar de que llevaba ya varios años en Alemania, no controlaba el idioma. Su inglés, en cambio, era aceptable. No era aficionada a la literatura, así que mis conversaciones en Hannover pasaron

de las literarias con Guille a hablar del frío, de cómo el aire era distinto al de nuestros países, de trabajo, de comida.

De vez en cuando salíamos a cenar, íbamos siempre a restaurantes griegos, algo que me sorprendía, pues cuando alguien vive en un país extranjero aborrece cómo cocinan la comida de su tierra, pero al parecer, según me decía Filozai, en Hannover había buena cocina griega. En esos paseos en los que buscábamos qué restaurante servía la mejor dalmadokia, la mejor spanakopita o la mejor musaca, fui descubriendo la ciudad. Después de las cenas veíamos películas, jugábamos a las cartas o hacíamos el amor. Guille se convirtió, de pronto, en un fantasma que se presentía en la casa.

No sé cuánto tiempo hace de esto. De esta rutina me refiero. El tiempo en Alemania transcurre como en aquellas atracciones que consisten en dar vueltas y vueltas a gran velocidad, pero no sabes si llevas tres minutos, quince o media hora. Pierdes la noción. Por aquellos meses estaba escribiendo un libro de relatos, un libro sobre Hannover, quizás no sobre Hannover, sino sobre mí y Hannover, o quizás no sobre mí y Hannover, sino sobre mí, Hannover y Filozai. En cualquier caso, estaba escribiendo un libro, o eso creía, y por las noches, cuando no estaba Filozai o Filozai se dormía, solía enviar un relato a un antiguo profesor de universidad, José Vázquez, excelente cuentista, que me hacía unas correcciones generosas y que me animaba, insistentemente, a seguir escribiendo. A pesar del nuevo trabajo, de la relación indiscreta con Filozai, de tener a mi disposición una ciudad nueva por explorar y de las conversaciones con mi antiguo profesor, comencé a aburrirme.

Me nació una tristeza, digamos, desconocida, que no tenía que ver ni con que echara de menos a mi familia ni



con el vértigo del cambio, sino con la literatura. Supongo que es una tristeza que aposentan todos los escritores mediocres como yo, los que creen que escriben algo en condiciones, pero que de pronto adivinan que no sirven para ello, quién sabe, el caso es que empecé aburrirme hondamente, y después de que le enviara un relato a mi profesor o de que leyera sus correcciones o de que Filozai se durmiera, abría una nueva pestaña en el ordenador y ponía una página porno.

Al principio buscaba vídeos que se asemejaran a situaciones reales, lo que la página titulaba como porno *amateur*. Empezaron llamándome especialmente la atención unos en los que un hombre, cámara en mano, se encontraba con una mujer en un lugar público, bien fuera una plaza, una parada de tren o una tienda de ropa. El hombre fingía ser representante de una agencia de modelos, alababa las virtudes físicas de la muchacha y le instaba a que se dedicara al negocio. Le ofrecía cantidades enormes de dinero. La chica al principio se lo pensaba, pero siempre terminaba aceptando. Finalmente, después de que ella se hubiera desnudado, el hombre ofrecía más dinero por una felación o por follar. La chica aceptaba también.

Otras secuencias que frecuentaba eran aventuras dentro de un taxi londinense. Una turista se sentaba en el asiento de atrás y, normalmente, necesitaba ir a un lugar que quedaba demasiado lejos. Entonces el taxista le proponía llevarla a cambio de mantener relaciones sexuales. En otras ocasiones la turista no tenía dinero suficiente para pagar el recorrido y canjeaba el trayecto con sexo, y así un largo etcétera. En todos los vídeos que veía la mujer era tratada como un objeto que se puede comprar. A veces me sentía mal masturbándome con esas chicas, me parecía que el

fruto de mi placer era a costa de la trata de esos cuerpos, reflexiones banales que cualquiera podría hacerse. Sin embargo, las visualizaciones de porno no disminuyeron, más bien al contrario, y cuando me cansé del sexo en público o en un taxi, pasé a lo tradicional: campesinas del siglo XIV, damas versallescas, amas de casa, recepcionistas de hotel, pacientes de un doctor, madrastras, camareras, madres aburridas que esperaban al fontanero, chicas montadas en un falo de plástico, dueñas de prostíbulos, negras, latinas, asiáticas.

Yo notaba que la relación con Filozai se deterioraba, probablemente por mi culpa. Cuando me visitaba, no me apetecía acostarme con ella, mi único deseo era que se quedara dormida después de que viéramos alguna película para poder ver porno. Dejó de frecuentarme. Mi habitación se convirtió en un avispero de silencio. Abandoné la escritura, y lo que es peor, la lectura. Las noches se prolongaban hasta que llegaba el amanecer, apenas dormía. Y en esa vorágine de silencio y malos hábitos, apareció el tedio hacia el porno, hacia Filozai, hacia Guille, hacia todo, lo que multiplicó mi desidia.

Las horas muertas las pasaba mirando el bosque de Hemmingen por la ventana, un bosque vasto y oscuro que se perdía hasta las primeras luces de la ciudad. En uno de esos momentos de aburrimiento descubrí a Martina Besada. Fue una noche que miraba Facebook como los suicidas miran el horizonte antes de ejecutarse. Apareció en la esquina superior derecha de la pantalla de mi ordenador. *Personas que quizás conozcas*, me sugirió Facebook, aunque lo cierto era que no la conocía de nada. Accedí a su perfil instigado por la curiosidad que me suscitaba la foto que acompañaba su nombre, cliqué en ella, y cuando la foto

se abrió pude ver a una chica morena, de pelo rizado, cuya altura no era apreciable a través de la imagen. Pasé cuatro o cinco fotos, no con mucho interés, pero estuve varios minutos avanzando y retrocediendo las mismas instantáneas hasta que el sueño me venció.

Al día siguiente, mientras cortaba el césped de la residencia, algunas de las fotos que había visto el día anterior pasaron por mi cabeza como diapositivas. No hice mucho caso a las imágenes hasta por la noche, cuando antes de dormir—recuerdo que ese día estaba abatido, que las pocas horas de sueño me presionaban los ojos—volvieron a sucederse. Abrí de nuevo el ordenador y entré en el perfil de Martina Besada. Esta vez avancé más, quiero decir que visualicé más fotos que la noche anterior, y mi interés hacia ella se acrecentó.

Era exuberante, vestía camisetas de chico a modo de vestido, *tops* que llegaban justo hasta donde acababan sus pechos, *shorts* que llegaban justo hasta donde acababan sus nalgas, camisetas con florecitas muy graciosas. Tenía el pelo rizado hasta la espalda, en algunas imágenes posaba con el dedo índice sosteniendo su risa, de perfil y con una pierna levantada; en otras, en bikini. Reconozco que esa noche me masturbé pensando en ella.

La imagen de Martina Besada se había instalado en mi cabeza como un salvapantallas, daba vueltas alrededor de ella, chocaba con sus esquinas. Mientras trabajaba, mi único deseo era llegar a casa y encender el ordenador. A esta tarea indómita comencé a dedicar todo mi tiempo. Filozai pasó a ser una figura borrosa en la niebla de mis pensamientos, *todo* era Martina Besada. Ya no solo miraba sus fotos (había una que examinaba de manera compulsiva, en ella, Martina Besada aparecía abalanzada sobre un oso de

peluche de su mismo tamaño, con la pierna derecha alzada y la izquierda alargada, formando un arco en el que me imaginaba resguardándome de la noche), sino también los comentarios que sus amigos dejaban en la foto. A lo mejor leía de Francisco Palma Guerra: «Martina, estás muy guapa con ese vestido, espero verte pronto», y con suma inmediatez accedía al perfil del tal Francisco y estudiaba qué vínculos podía tener con ella. Hice eso con la mayoría de chicos durante varios días. Llegué a realizar en mi cuaderno algo que titulé como «árbol de la amistad», en el que enlazaba las relaciones que unían a Martina Besada con esas personas, incluso a esas personas con las demás personas que había investigado, ubicándolos en fechas y en lugares concretos, sabiendo qué día habían ido a cenar y adónde, relacionándolos con algunas amigas de Martina Besada. En definitiva, una vorágine que, sumada ya a la de los malos hábitos y el poco sueño, hizo que palidciera.

Pero seguí. Pasé a estudiar sus estados, los analizaba como a una molécula, intentando descifrar qué querían decir, a quién iban dirigidos, si iban dirigidos a mí (cosa imposible). Algo que a menudo se me ocurría era dejarle un mensaje. Tenía mil textos en la cabeza, pero ninguno de ellos me ofrecía la tranquilidad suficiente para que ella no pensara que yo era un perverso. Así que me pasé semanas o meses —ya os digo que tenía la noción del tiempo perdida— pensando en ella. La certeza de que cuando acabara el día, el perfil de Facebook de Martina Besada estaba esperándome como una dama cortesana, me hacía sentir más tranquilo.

Aunque no nos veíamos ni hablábamos, me percaté de que Guille se preocupaba por mí. Lo notaba abrir la puerta de mi habitación para averiguar si estaba dormido. Creo que

pensaba que era capaz de suicidarme, lo que me hacía suponer que desde el trabajo le habían pedido que me echara un ojo, porque a decir verdad, era imposible que Guille sospechara nada. Yo no hacía caso a esas preocupaciones, las consideraba exageraciones, tanto por su parte como por parte de mis compañeros.

A estas alturas, era feliz con la simple seguridad de que el perfil de Martina Besada me estaba esperando después de la cena. A ello consagraba todos los minutos del día. Me bastaba esa ilusión para considerar cambiar un grifo en mal estado, cortar el césped, limpiar la nieve o cualesquiera de las cosas que hago en mi trabajo, actividades que merecían la pena. Sin embargo, una tarde presentí que algo no iba bien, que se avecinaba el desastre. Es esa sensación que dicen que han sentido los familiares o los amigos de un difunto la última vez que lo vieron. Recuerdo la hora antes de que acabara el turno. La exasperación que sufría cada vez que alguien me hablaba, el odio vibrándome en las sienes porque se me atrasaba el trabajo, la celeridad con que ejecutaba mis movimientos. Diez minutos antes de que dieran las diez de la noche —hora a la que terminaba mi jornada—, dejé los instrumentos en el cuarto de mantenimiento y subí a casa. No cené, fui directo al ordenador. Cuando fui a abrirlo se cayeron todas las cosas del escritorio, lo que ocasionó un gran estruendo. Me asomé a la puerta de mi habitación por si Guille, que estaba en la cocina y al que no había saludado cuando entré, se había percatado de que algo no iba bien. No vi señales de él, eso me tranquilizó. Cerré la puerta con urgencia y me senté en el escritorio. Accedí a Facebook. Escribí en el buscador *Mart*, y antes de pulsar la *i*, ya me apareció su nombre completo. La primera opción de mi algoritmo, *Martina Besada*, luz de mi vida, fuego

de mis entrañas —no sé por qué se me vino a la mente el comienzo de *Lolita*—. Clicqué en el nombre y fue entonces cuando apareció el desastre que horas antes había presentado. Las fotos de Martina Besada habían desaparecido completamente. Solo podía ver dos, una de una furgoneta muy colorida y otra de un paisaje asimismo muy colorido. No me explicaba qué pasaba. Visité los perfiles de otros amigos y estos se mostraban completos. Busqué ayuda en Guille. Salí de mi habitación y le pregunté, como el que lanza una duda inocente, por qué me aparecían solamente dos fotos en un perfil de Facebook. «Es porque no sois amigos», me contestó. Era eso, no éramos amigos, no éramos cercanos, no éramos entre nosotros ni siquiera personas, no éramos *nada*. Cuando volví a la habitación estuve varios minutos con el cursor encima de un botón donde se leía *solicitud de amistad*. Decliné la opción. A partir de aquella noche estuve mucho tiempo pensando en Martina Besada como la gente piensa en sus muertos.

Poco después apareció Filozai, empapada, un barrunto de agua. La invité a pasar, le ofrecí una taza de té, le pregunté por qué no había llamado antes, la hubiera ido a buscar. «No quería molestarte», me dijo. Parecía desconcertada. Esa y las demás noches de la semana durmió conmigo. Fue abriendo una nueva angustia. Me contó que su marido estaba furioso, que no dormía. Ahora que lo pienso, fue *vio-lento* la palabra que usó. «Algo le pasa, algo ha sucedido», repetía. Yo no le hacía mucho caso, Filozai era de esas personas que tendían a dramatizar la vida, aunque por algunos momentos temí que esa violencia de la que me hablaba se debiera a que el marido había descubierto su infidelidad. Mientras tanto, volvimos a retomar nuestra rutina, los restaurantes, los paseos por la ciudad, las películas, hacer

el amor... La normalidad se fue estableciendo entre nosotros. El orden me hizo olvidar a Martina Besada. Hasta la pasada noche, en la que apenas pude dormir. Intenté conciliar el sueño pensando en retomar el libro que estaba escribiendo. Fabriqué en mi cabeza los correos que al día siguiente enviaría a José Vázquez, pero no había manera de que me durmiera, y el fantasma de Martina Besada acudió de nuevo a mí, con sus *shorts*, con sus camisetas ajustadas con florecitas, con su pelo rizado hasta la espalda... Me bajé los calzoncillos y empecé a masturbarme despacio, para que Filozai no me sintiera. Las imágenes de Martina Besada se sucedían en mi cabeza, ahora con el oso de peluche, en biquini, en un parque...

Y me corrí, me corrí con tanto ímpetu que hasta pude oler su pelo.